

BERNARD CORNWELL

NORTHUMBRIA, EL ÚLTIMO REINO

Sajones, vikingos y normandos

Traducción de Libertad Aguilera Ballester



Cornwell, Bernard
Northumbria, el último reino/Bernard Cornwell. - 1a ed.
4ta reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2022.
448 p. ; 22,5 x 15 cm.

Traducción de: Libertad Aguilera.
ISBN 978-987-628-395-3

1. Novelas de Aventuras. 2. Novelas Históricas. I. Aguilera, Libertad, trad. II. Título.
CDD 823

Título original:
The Last Kingdom

Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Primera edición: febrero de 2016
Segunda edición: mayo de 2016
Tercera edición: junio de 2017
Cuarta edición: marzo de 2019
Quinta edición: junio de 2022

© Bernard Cornwell, 2004
© de la traducción: Libertad Aguilera, 2006
© de la presente edición: Edhasa, 2022

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2° piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-395-3

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en la Argentina

Esta edición de *El último reino*, de Bernard Cornwell, se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., en mayo de 2022.

Northumbria, el último reino
está dedicado a Judy, con amor

uƿyrd bið ful aræd

ÍNDICE

Mapa	11
Topónimos	13
Prólogo	
NORTHUMBRIA, 866-867 d. C.	17
Primera parte	
UNA INFANCIA PAGANA	51
Segunda parte	
EL ÚLTIMO REINO	271
Tercera parte	
EL MURO DE ESCUDOS	369
Nota histórica.	433



PRÓLOGO

Northumbria, 866-867 d. C.

Mi nombre es Uhtred. Soy el hijo de Uhtred, que era hijo de Uhtred y cuyo padre también se llamaba Uhtred. El secretario de mi padre, un sacerdote llamado Beocca, lo escribía Utred. No sé si mi padre lo habría escrito así, pues no sabía ni leer ni escribir; pero yo sé hacer ambas cosas y a veces saco los viejos pergaminos del arcón de madera y veo el nombre escrito como Uhtred, Utred, Ughtred o bien Ootred. Miro esos pergaminos en donde los hechos demuestran que Uhtred, hijo de Uhtred, es el legítimo y único propietario de las tierras cuidadosamente señaladas con piedras, zanjas, robles y fresnos, marismas y mar, y sueño con esas tierras, azotadas por las olas salvajes y recorridas por los vientos. Sueño y sé que un día se las quitaré a quienes me las arrebataron.

Soy un *ealdorman*, aunque me hago llamar *jarl* Uhtred, que es lo mismo, y los manuscritos emborronados son prueba de lo que poseo. La ley dice que esas tierras son mías, y la ley, nos cuentan, es lo que nos distingue ante Dios de las bestias. Pero la ley no me ayuda a recuperar mis tierras. La ley quiere un acuerdo. La ley cree que el dinero compensa la pérdida. La ley, por encima de todo, teme la deuda de sangre. Pero yo soy Uhtred, hijo de Uhtred, y ésta es la historia de una deuda de sangre. Es la historia de cómo recuperaré de mi enemigo lo que la ley dice que es mío. Y es la historia de una mujer y su padre, un rey.

Era mi rey y todo cuanto tengo se lo debo. La comida que como, la casa en la que vivo, y las espadas de mis hombres: todo procede de Alfredo, mi rey, que me detestaba.

* * *

Esta historia comienza mucho antes de que conociera a Alfredo. Empieza cuando yo tenía nueve años y vi a los daneses por primera vez. Era el año 866 y entonces no me llamaba Uhtred, sino Osbert, pues era el segundo hijo de mi padre y le correspondía al primero el nombre de Uhtred. Mi hermano tenía a la sazón diecisiete años, era alto y de buena complexión, el pelo rubio de la familia y el rostro taciturno de mi padre.

El día que vi a los daneses por primera vez cabalgábamos por la orilla de la playa con halcones en los brazos. Estaba mi padre, el hermano de mi padre, mi hermano, una docena de criados y yo mismo. Había focas en las rocas, y una bandada de aves marinas daba vueltas y gritaba; demasiadas para soltar a los halcones. Cabalgamos hasta que llegamos a las aguas poco profundas y entrecruzadas que ondeaban entre nuestra tierra y Lindisfarena, la isla sagrada, y recuerdo haber mirado al otro extremo los muros desmoronados de la abadía. Los daneses la habían saqueado, pero eso tuvo lugar muchos años antes de que yo naciera, y aunque los monjes habían vuelto a habitarla, el monasterio jamás recuperó su pasada gloria.

También recuerdo aquel hermoso día, y puede que lo fuera. A lo mejor llovió, pero no creo. Brillaba el sol, el mar estaba bajo, las olas eran suaves y el mundo feliz. Las garras del halcón hembra se asían a mi muñeca protegida por una manga de cuero, tenía la cabeza cubierta con una capucha y se movía nerviosa porque escuchaba los graznidos de las aves blancas. Habíamos dejado la fortaleza antes del mediodía,

en dirección al norte, y aunque llevábamos halcones no habíamos salido de caza; pero mi padre podía cambiar de idea.

Gobernábamos aquella tierra. Mi padre, el *ealdorman* Uhtred, era señor de todo al sur del Tuede y al norte del Tine, pero teníamos un rey en Northumbria y su nombre, como el mío, era Osbert. Vivía más al sur que nosotros, rara vez venía al norte, pero ahora un hombre llamado Ælla quería el trono, y Ælla, que era un *ealdorman* de las colinas al oeste de Eoferwic, había reunido un ejército para desafiar a Osbert y había enviado regalos a mi padre para animarlo a que lo apoyara. Mi padre, ahora reparo en ello, tenía en sus manos el destino de la rebelión. Yo quería que apoyara a Osbert, por el único motivo de que el legítimo rey compartía mi nombre e, insensatamente, a los nueve años, creía que cualquier hombre llamado Osbert tenía que ser noble, bueno y valiente. En verdad Osbert era un majadero, pero era el rey, y mi padre se mostraba reacio a abandonarlo. Por desgracia, Osbert no había enviado ningún regalo y tampoco había dado muestras de respeto, mientras que Ælla sí, así que mi padre estaba preocupado. Sin tiempo podíamos comandar un centenar y medio de hombres a la guerra, todos bien equipados, y con un mes éramos capaces de aumentar esa fuerza a más de cuatrocientos guerreros, así que quienquiera que apoyásemos sería rey y nos estaría agradecido.

O eso pensábamos.

Y entonces los vi.

Tres barcos.

En mi recuerdo brotan de entre un banco de niebla marina, y puede que lo hicieran, pero los recuerdos no son de fiar y mis otras imágenes del día son de un cielo claro y sin nubes, así que puede que no hubiera niebla, aunque a mí me diera la sensación de que el mar estaba vacío y que de la nada surgieron tres barcos procedentes del sur.

Algo precioso. Parecían descansar sobre el océano como si no pesaran, y cuando los remos se hundían en las olas espumaban el agua. Las proas y popas se enroscaban hacia arriba y estaban coronadas con bestias doradas, serpientes y dragones, y me pareció en aquel lejano día de verano que las tres embarcaciones bailaban sobre el agua, impulsadas por las subidas y bajadas de las alas de plata que eran sus hileras de remos. El sol hacía destellar las palas mojadas, esquirlas de luz, después los remos se sumergían, eran empujados y los barcos con cabeza de bestia avanzaban; yo contemplaba la escena como sumido en trance.

–Cagarros del demonio –gruñó mi padre. No era muy buen cristiano, pero se asustó lo suficiente como para persignarse.

–Y que el demonio se los trague –repuso mi tío. Se llamaba Ælfric y era un hombre esbelto; astuto, oscuro y reservado.

Las tres embarcaciones se dirigían a remo hacia el norte, las velas cuadradas estaban replegadas en las largas vergas, pero cuando nos dimos la vuelta en dirección al sur para volver a medio galope a casa, de modo que las riendas de nuestros caballos se agitaban como lluvia sacudida por el viento y los halcones encapuchados piaban alarmados, los barcos se dieron la vuelta con nosotros. Regresamos al interior por el lugar en el que el acantilado se había derrumbado y había aparecido un terraplén, los caballos treparon por la pendiente y desde allí regresamos al galope por el camino de la costa hasta nuestra fortaleza.

A Bebbanburg. Bebbra fue una reina de nuestra tierra muchos años antes, y le había dado su nombre a mi hogar, que para mí es el lugar más querido de todo el mundo. La fortaleza se yergue sobre una roca elevada que se cierne sobre el mar. Las olas sacuden su orilla este y rompen blancas en la punta norte de la roca, y un lago poco profundo de agua de mar ondea en el lado oeste entre la fortaleza y la tierra. Para llegar

a Bebbanburg hay que tomar la carretera elevada hacia el sur, una franja de roca y arena no muy alta guardada por una enorme torre de madera, la puerta baja, construida encima de una muralla de tierra, y pasamos a todo correr por el arco de la torre, con los caballos blancos por el sudor, y dejamos atrás los graneros, la herrería, las caballerizas y los establos, todos los edificios de madera con techos de paja de centeno, y enfilamos camino arriba hasta la puerta alta, que protegía la cumbre de la roca y estaba rodeada por una empalizada que circundaba la casa de mi padre. Allí desmontamos, entregamos caballos y halcones a los siervos, y corrimos hasta la muralla este, desde donde observamos el mar.

Los tres barcos se acercaban entonces a las islas que habitan los frailecillos, donde las focas bailan en invierno. Los observamos, y mi madrastra, alarmada por el repicar de los cascocs salió de la casa y se nos unió en las murallas.

–El diablo se está aliviando las tripas –la saludó mi padre.

–Que Dios y sus santos nos asistan –exclamó Gytha y se resignó. Jamás conocí a mi madre, la segunda esposa de mi padre que, como la primera, había muerto dando a luz, así que tanto mi hermano como yo, que en realidad éramos medio hermanos, carecíamos de madre, pero yo consideraba a Gytha mi madre y, en general, era amable conmigo, más amable que mi padre, a quien no le gustaban demasiado los niños. Gytha quería que fuese sacerdote, decía que mi hermano mayor heredaría las tierras y se convertiría en guerrero para protegerlas, así que yo tendría que encontrar otro camino en la vida. Le había dado a mi padre dos hijos y una hija, pero ninguno había sobrepasado el año.

Los tres barcos se aproximaban. Parecía que se habían acercado para inspeccionar Bebbanburg, cosa que no nos preocupaba pues la fortaleza se consideraba inexpugnable, así que los daneses podían mirar todo lo que quisieran. El barco más

cercano tenía filas gemelas de doce remos cada una y, a medida que el barco recorría la costa a unos cien pasos de la orilla, un hombre saltó por la borda del barco y corrió por encima de la fila más cercana saltando de un remo a otro como si fuera un bailarín, y lo hizo con cota de malla y espada en mano. Todos rezamos para que se cayera, pero no se cayó. Tenía el pelo largo y rubio, muy largo, y cuando hubo recorrido toda la extensión de la fila de remos, se dio la vuelta y volvió a atravesarlos.

–Comerciaba en la desembocadura del Tine hace tan sólo una semana –dijo Ælfric, el hermano de mi padre.

–¿Cómo sabes eso?

–Lo vi –repuso Ælfric–. Reconozco la proa. ¿Ves una franja más clara en la curva? –Escupió–. Entonces no llevaba cabeza de dragón.

–Les quitan esos mascarones de proa cuando comercian –añadió mi padre–. ¿Qué compraban?

–Intercambiaban pieles por sal y pescado seco. Dijeron que eran mercaderes de Haithabu.

–Pues ahora son mercaderes buscando pelea –repuso mi padre, y los daneses de las tres embarcaciones estaban de hecho desafiándonos, haciendo entrechocar las lanzas y espadas contra sus escudos pintados, pero poco podían contra Bebbanburg y hacerles daño nosotros a ellos no estaba en nuestra mano, aunque mi padre ordenó que se alzara su estandarte del lobo. La bandera mostraba la cabeza de un lobo gruñendo y era su estandarte en la batalla, pero no había viento, así que se quedó colgado mustio y su desafío pasó desapercibido a los paganos que, al cabo de un rato, se cansaron de provocarnos, se hicieron a la idea de que eran vanos sus intentos y se marcharon remando en dirección al sur.

–Recemos –dijo mi madrastra. Gytha era mucho más joven que mi padre. Era una mujer pequeña, regordeta, con una bue-

na mata de pelo rubio y mucha devoción por san Cutberto, a quien veneraba porque había obrado milagros. En la iglesia junto a la casa guardaba un peine de marfil que se decía había sido el peine de la barba del santo, y puede que lo fuera.

–Hemos de actuar –replicó mi padre. Se apartó de las mura-
llas–. Tú –se dirigía a mi hermano mayor, Uhtred–. Coge una
docena de hombres, cabalga hacia el sur. Observa a los paga-
nos, pero nada más. ¿Lo entiendes? Si amarran en mis tie-
rras quiero saber dónde.

–Sí, padre.

–Pero no te enfrentes a ellos –le ordenó mi padre–. Limí-
tate a observar a esos cabrones y quiero que estés de vuelta al
caer la noche.

Envió a otros seis hombres a alzar el país. Todos los hom-
bres libres tenían un deber militar y mi padre estaba reuniendo
a su ejército, y para el anochecer del día siguiente esperaba
haber convocado a cerca de doscientos hombres, algunos arma-
dos con hachas, lanzas o ganchos de la cosecha, mientras que
sus vasallos, los hombres que vivían con nosotros en Bebban-
burg, estaban equipados con buenas espadas y escudos recios.

–Si superamos en número a los daneses –me contó mi padre
aquella noche–, no presentarán batalla. Son como los perros. En
el fondo unos cobardes, pero en grupo se dan valor unos a otros.

Era noche cerrada y mi hermano aún no había regresado,
pero nadie estaba especialmente nervioso por ello. Uhtred era
muy capaz, aunque algo temerario a veces, y sin duda llegaría
de madrugada, así que mi padre había ordenado que encen-
dieran un farol en el gancho de arriba de la puerta alta para
que lo guiara hasta casa.

Nos considerábamos seguros en Bebbanburg porque nun-
ca había sucumbido ante un asalto enemigo; aun así mi padre
y mi tío seguían preocupados porque los daneses hubieran
regresado a Northumbria.

–Buscan comida –dijo mi padre–. Esos cabrones muertos de hambre quieren desembarcar, robar algo de ganado y largarse.

Recordé las palabras de mi tío, que los barcos habían estado la semana anterior en la desembocadura del Tine intercambiando pieles por pescado seco, así que, ¿cómo iban a estar hambrientos? Pero no dije nada. Tenía nueve años, ¿y qué sabía yo de daneses?

Sabía que eran salvajes, paganos y terribles. Sabía que sus barcos habían asaltado nuestras costas durante dos generaciones antes de que yo naciera. Sabía que el padre Beocca, el secretario de mi padre y nuestro cura, rezaba todos los domingos para librarnos de la furia de los hombres del norte, pero esa furia a mí me había pasado de largo. Ningún danés había venido a nuestra tierra desde que nací, pero mi padre había luchado contra ellos con frecuencia y aquella noche, mientras esperaba la vuelta de mi hermano, habló de su antiguo enemigo. Llegaron, contó, de las tierras del norte en las que reinan el hielo y la niebla; adoraban a los antiguos dioses, los mismos que nosotros habíamos adorado antes de que la luz de Cristo llegara para bendecirnos, y la primera vez que llegaron a Northumbria, me dijo, fieros dragones habían azotado el cielo del norte, aparecieron grandes rayos como cicatrices en las colinas y el mar se agitó entre remolinos.

–Los envía Dios –intervino Gytha tímidamente–, para castigarnos.

–¿Para castigarnos por qué? –replicó mi padre con brutalidad.

–Por nuestros pecados –respondió Gytha persignándose.

–Al infierno con nuestros pecados –gruñó mi padre–. Vienen aquí porque tienen hambre. –Le irritaba la piedad de mi madrastra, y se negaba a deshacerse de su estandarte con cabeza de lobo que proclamaba que nuestra familia descendía de Woden, el antiguo dios sajón de las batallas. El lobo, me había

contado Ealdwulf el herrero, era uno de los animales preferidos de Woden, los otros dos eran el águila y el cuervo. Mi madrastra quería que nuestro estandarte mostrara una cruz, pero mi padre estaba orgulloso de sus ancestros, aunque muy pocas veces hablaba de Woden. Incluso con nueve años comprendía que un buen cristiano no debe vanagloriarse de proceder de la estirpe de un dios pagano, pero también me gustaba la idea de ser descendiente de un dios y Ealdwulf a menudo me contaba historias de Woden, cómo recompensó a nuestra gente al entregarnos la tierra que nosotros llamábamos Inglaterra, cómo arrojó una vez una lanza de guerra que rodeó la luna limpiamente, cómo su escudo podía ensombrecer el cielo estival, y cómo habría podido cosechar todo el grano del mundo con un solo mandoble de su gran espada. Me gustaban aquellas historias. Eran mejores que las de los milagros de Cutberto. Los cristianos, me parecía a mí, estaban todo el día llorando, y no creía que los devotos de Woden lloraran demasiado.

Esperamos en la casa. Era, como de hecho sigue siendo, un gran salón de madera, con un techo de paja espeso y recias vigas, con un arpa encima de una tarima y una chimenea de piedra en el centro del suelo. Mantener aquella hoguera encendida ocupaba a doce siervos al día, arrastraban la madera por el paso elevado y la subían hasta las puertas, y, al final del verano, hacíamos una pila de madera más grande que la iglesia como reserva de invierno. En los extremos del salón había plataformas de madera, rellenas de tierra y cubiertas con alfombras de lana, y era encima de esas plataformas donde vivíamos, por encima de las corrientes de aire. Los perros se quedaban en el suelo cubierto de helechos, donde los hombres de menor rango podían comer en las cuatro grandes fiestas del año.

No había fiesta aquella noche, sólo pan, queso y cerveza, y mi padre esperaba a mi hermano y se preguntaba en voz alta si los daneses se habían alzado en armas de nuevo.

–Normalmente vienen en busca de comida y botín –me dijo–, pero en algunos sitios se han quedado y se han apoderado de tierras.

–¿Crees que quieren nuestras tierras?

–Se harán con cualquier tierra –contestó irritado. Siempre le molestaban mis preguntas, pero aquella noche estaba preocupado, así que siguió hablando–. Su tierra es piedra y hielo, y la amenazan gigantes. –Quería que me contara más cosas sobre los gigantes, pero siguió rumiando–. Nuestros ancestros –prosiguió al cabo de un rato– tomaron esta tierra. La tomaron y la mantuvieron. No vamos a abandonar lo que nos dieron nuestros antepasados. Vinieron del otro lado del mar y aquí lucharon, después construyeron aquí y aquí fueron enterrados. Ésta es nuestra tierra, mezclada con nuestra sangre, reforzada con nuestros huesos. Nuestra. –Estaba enfadado, pero se enfadaba a menudo. Me miraba con ojos enfurecidos, como si se preguntara si era lo suficientemente fuerte para conservar aquella tierra de Northumbria que nuestros antepasados ganaron con espadas, lanzas, sangre y matanzas.

Al cabo de un rato dormimos, o por lo menos yo dormí. Creo que mi padre paseaba arriba y abajo por las murallas, pero al alba había regresado a la casa y fue entonces cuando me despertó el cuerno de la puerta alta y salí a trompicones de la plataforma al exterior de la casa, a la primera luz del día. Había rocío en la hierba, un águila marina daba vueltas en círculos por encima de nuestras cabezas, y los perros de mi padre ladraban desde la puerta de la casa en respuesta a la llamada del cuerno. Vi a mi padre correr hacia la puerta baja y lo seguí hasta que me abrí paso entre los hombres que se apiñaban junto a la muralla de tierra para mirar el paso elevado.

Llegaban jinetes del sur. Serían una docena. Sus caballos levantaban nubecillas de rocío. El caballo de mi hermano los guiaba. Era un semental pinto, de ojos salvajes y paso pecu-

liar. Estiraba las patas delanteras hacia delante cuando corría, y era imposible no distinguir aquel caballo, pero no lo montaba Uhtred. El hombre erguido encima de la silla tenía el pelo largo, largo del color del oro suave, un pelo que saltaba como las colas de los caballos al cabalgar. Vestía malla, una vaina de espada rebotaba a su costado y portaba un hacha colgada del hombro, y era evidente que se trataba del mismo hombre que había danzado encima de los remos el día anterior. Sus compañeros vestían cuero o lana y al acercarse a la fortaleza, el hombre del pelo largo les hizo la señal de que tenían que frenar los caballos mientras él se adelantaba. Estaba a tiro pero nadie en la muralla flechó el arco, después detuvo al caballo y miró arriba, hacia la puerta. Observó toda la fila de hombres, con una expresión de burla en su rostro, después hizo una reverencia, tiró algo en el camino e hizo dar la vuelta al caballo. Lo azuzó con los talones y el caballo regresó al trote hacia donde estaban sus hombres, que se le unieron al galope en dirección sur.

Lo que había tirado en el camino era la cabeza de mi hermano. Se la llevaron a mi padre, que la miró durante un largo espacio de tiempo, pero no dejó vislumbrar nada. No lloró, no gesticuló, no frunció el entrecejo; sencillamente miró la cabeza de su hijo mayor y después me miró a mí.

—A partir de hoy —dijo—, te llamas Uhtred.

Y ésa es la historia de mi nombre.

* * *

El padre Beocca insistió en que me tendrían que volver a bautizar, porque si no, el cielo no sabría quién soy cuando llegara con el nombre Uhtred. Protesté, pero Gytha se empeñó y a mi padre le preocupaba más su satisfacción que la mía, así que trajeron un barril medio lleno de agua de mar a la iglesia y el

padre Beocca me hizo poner junto al barril y me echó agua con un cazo por encima del pelo.

–Recibe a tu siervo Uhtred –entonó– en la sagrada compañía de los santos y las filas de los ángeles más luminosos. –Espero que los santos y los ángeles tengan menos frío del que yo tenía aquel día, y cuando me hubieron bautizado, Gytha lloró por mí, aunque yo no supe por qué. Mejor hubiera sido que llorara por mi hermano.

Descubrimos qué le había sucedido. Las tres embarcaciones danesas hicieron escala en la desembocadura del río Aln, donde vivía una pequeña población de pescadores y sus familias. Aquella gente se había refugiado prudentemente en el interior, aunque unos cuantos se quedaron a vigilar la desembocadura desde los bosques o un lugar elevado y nos contaron que mi hermano había llegado a la caída de la noche y había visto a los vikingos prender fuego a las casas. Los llamábamos vikingos cuando asaltaban, pero daneses o paganos cuando venían a comerciar, y aquellos hombres quemaban y saqueaban, así que los consideramos vikingos. Parecía que había pocos en la población, pues la mayoría permanecía en los barcos, y mi hermano decidió acercarse hasta las granjas y matar a aquellos pocos, pero fue víctima de una trampa. Los daneses lo habían visto acercarse y mantuvieron oculta a la tripulación de uno de los barcos al norte del poblado, y aquellos cuarenta hombres se echaron encima de la partida de mi hermano y los mataron a todos. Mi padre sostenía que la muerte de mi hermano había sido rápida, lo que para él era un consuelo; mas no lo fue en absoluto, dado que vivió lo suficiente para ver que los daneses sabían quién era, porque, de otro modo, ¿por qué habrían traído su cabeza de vuelta a Bebbanburg? Los pescadores dijeron que trataron de avisar a mi hermano, pero yo dudo de que lo hicieran. Los hombres dicen esas cosas para que no les culpen de los desastres, pero fuera o no avisado,

murió lo mismo y los daneses se llevaron trece buenas espadas, trece buenos caballos, una cota de malla, un casco y mi antiguo nombre.

Pero eso no fue todo. Una visita fugaz de tres barcos no suponía ningún acontecimiento, pero una semana después de la muerte de mi hermano oímos que una gran flota danesa había remontado los ríos para capturar Eoferwic. Obtuvieron aquella victoria el día de Todos los Santos, cosa que hizo llorar a Gytha porque indicaba que Dios nos había abandonado, pero también había buenas noticias pues al parecer mi antiguo tocayo, el rey Osbert, había forjado una alianza con su rival, el aspirante al trono Ælla, y se habían puesto de acuerdo en suspender su rivalidad, unir fuerzas y rescatar Eoferwic. Suena sencillo, pero está claro que llevó su tiempo. Los mensajeros partieron, los consejeros hicieron las recomendaciones de rigor, los curas rezaron y hasta Navidad Osbert y Ælla no sellaron la paz con juramentos; después convocaron a los hombres de mi padre, mas no podíamos partir en pleno invierno. Los daneses ya estaban en Eoferwic y los dejamos allí hasta principios de la primavera, cuando llegaron noticias de que el ejército de Northumbria se reuniría a las puertas de la ciudad y, para mi alegría, mi padre ordenó que cabalgaría con él hacia el sur.

–Es demasiado pequeño –protestó Gytha.

–Ya casi tiene diez años –repuso mi padre–, y debe aprender a luchar.

–Mejor le iría si continuara con sus lecciones –contestó.

–A Bebbanburg no le sirve de nada un lector muerto –replicó mi padre–, y Uhtred es ahora el heredero, así que tiene que aprender a luchar.

Aquella noche hizo que Beocca me enseñara los pergaminos que se guardaban en la iglesia, aquellos manuscritos que decían que poseíamos la tierra. Beocca llevaba dos años ense-

ñándome a leer, pero yo era mal alumno y, para su desesperación, los escritos no tenían para mí ni pies ni cabeza. Beocca suspiró, después me dijo qué había en ellos.

–Describen la tierra –dijo–, la tierra que posee tu padre, y dicen que la tierra es suya por la ley de Dios y nuestra propia ley. –Y un día, al parecer, las tierras serían mías porque aquella noche mi padre dictó un nuevo testamento en el que decía que si moría, Bebbanburg pasaría a su hijo Uhtred, y yo sería un *ealdorman*, y las gentes entre el Tuede y el Tine me jurarían lealtad.

–Hubo un tiempo en que fuimos reyes –me contó–, y nuestra tierra recibía el nombre de Bernicia. –Estampó su sello sobre el lacre rojo, y dejó impresa la cabeza de un lobo.

–Volveremos a serlo –intervino Ælfric, mi tío.

–No importa cómo nos llamen –replicó sin más mi padre– mientras nos obedezcan. –Y después hizo a Ælfric jurar sobre el peine de san Cutberto que respetaría el nuevo testamento y me reconocería como Uhtred de Bebbanburg. Ælfric juró–. Pero eso no va a suceder –dijo mi padre–. Masacraremos a esos daneses como a ovejas en un redil, y regresaremos cargados de botín y honores.

–Recemos al Señor –repuso Ælfric. Ælfric y treinta hombres se quedarían en Bebbanburg para guardar la fortaleza y proteger a las mujeres. Me hizo algunos regalos aquella noche; una coraza de cuero que me protegería contra las espadas y, lo mejor de todo, un casco ornamentado con una banda de bronce dorado que el herrero Ealdwulf le había colocado alrededor–. Para que sepan que eres un príncipe –dijo.

–No es un príncipe –repuso mi padre–, sino el heredero de un *ealdorman*. –Con todo, le gustaron los regalos que me hizo su hermano y añadió dos más, una espada corta y un caballo. La espada era una hoja vieja, reducida, con una vaina de cuero forrada de borrego. Tenía una empuñadura maciza; era torpe, pero aun así esa noche dormí con ella bajo las mantas.

A la mañana siguiente, mientras mi madrastra lloraba en la fortificación de la puerta alta, bajo un cielo azul y límpido, marchamos hacia la guerra. Doscientos cincuenta hombres en dirección al sur, tras nuestro estandarte con la cabeza de lobo.

Corría el año 867, y fue la primera vez que partí a la guerra. Ya no he parado desde entonces.

* * *

–No pelearás en el muro de escudos –dijo mi padre.

–No, padre.

–Sólo los hombres pueden resistir el muro de escudos –dijo–, pero observarás, aprenderás y descubrirás que las estocadas más peligrosas no provienen de las hachas y espadas que se ven, sino de las que no son visibles: la hoja que llega por debajo de los escudos dirigida a los tobillos.

A regañadientes me dio muchos otros consejos durante el largo camino al sur. De los doscientos cincuenta hombres que se dirigían hacia Eoferwic desde Bebbanburg, ciento veinte lo hacían a caballo. Eran los hombres de mi padre o los granjeros más ricos los que podían permitirse algún tipo de armadura, portando escudos y espadas. La mayoría de los hombres no eran acaudalados, pero habían jurado lealtad a la causa de mi padre, y marchaban con hoces, arpones, ganchos, garfios y hachas. Algunos llevaban con ellos arcos de caza, y a todos se les había ordenado que cargaran con comida para una semana, la cual consistía fundamentalmente en pan duro, queso aún más duro y pescado ahumado. Muchos iban acompañados de mujeres. Mi padre había ordenado que ninguna mujer marchara al sur, pero tampoco las envió de vuelta, pues consideraba que las mujeres los seguirían igualmente, y que los hombres peleaban mejor cuando sus esposas o amantes los observaban, y estaba seguro de que aquellas mujeres verían